

La chata*

■ ■ Hermilo Cisneros Estrada**

Para el noveno día... De repente se vino una leve ráfaga de aire más frío que el que se estaba sintiendo. En eso, la luz de la lámpara de la casa que estaba al otro lado del arroyo se volvió a encender. Entre esa casa y la de mi abuela estaba sólo el arroyo. Apenas se encendió la luz, los perros de los alrededores comenzaron a aullar. “Ya son las diez”, dijo mi abuela. Ella, “La Bajita”, mi tía Petra y yo estábamos en esta parte del arroyo. Allí, a unos metros de donde me encontraba envuelto en la cobija, el fuego en el horno de adobe seguía encendido. Con mis cuatro años veía la silueta de la abuela frente al fogón, sentada en un viejo banco de madera, con una larga pala en sus manos metiendo y sacando el pan, poniéndolo en un gran canasto, el que cubría con una blanca servilleta, con unas flores amarillas bordadas a mano.

A un lado de mi abuela estaba mi tía Petra, muy cobijadita, sentada también y recargada en el tronco del mezquite. Sólo sacaba las manos de entre la cobija cuando debía acomodar en el canasto las piezas del pan que sacaba mi abuela del horno; debo confesar que el sueño ya me estaba dominando, más no me vencía. No sé si era por el miedo a todo lo que mi imaginación creaba con la oscuridad o por querer escuchar las palabras distanciadas que decían las mujeres mientras horneaban el pan.

Todo estaba oscuro, y el silencio a nuestro alrededor sólo se interrumpía por los aullidos de los perros, aullidos lastimeros que comenzaban cuando la luz de aquella casa de adobe irrumpía en la oscuridad. Con toda nitidez recuerdo un fenómeno muy curioso: Apenas se encendía la luz de la casa a la que me estoy refiriendo, se apagaba la de las demás, primero una, luego la otra y así hasta que todas las casas vecinas quedaban en la más completa oscuridad. Después,

ya no había más ruidos que el aullido lejano de los coyotes, más cerca el aullar de los perros y encima de nosotros, de manera ocasional, el aleteo de alguna de las gallinas que seguramente al estar en su sueño profundo, posadas sobre las ramas, perdían de repente el equilibrio, pero volvían a recuperarlo, volviendo todo a la normalidad. El silencio... Las casas del rancho, aunque se encontraban muy retiradas una de la otra, estaban cercadas con vallas de nopales, magueyes o cactus, de esos que se les llama órganos, muy comunes en esos lugares. “Ya con el día de hoy son nueve días”, dijo “La Bajita” con toda la indiferencia del mundo, mientras estiraba su mano derecha hacia las brasas para encender un largo cigarro que había estado preparando con una hoja de maíz. Los aullidos de los perros continuaban mientras la plática de las mujeres seguía con la misma tónica de siempre: unas palabras de una, seguida del silencio. Otras palabras de otra, y una fumada que daba “La Bajita” a su cigarro y otra pausa. A mí no me quedaba más que mover los ojos de un lado para otro, siguiendo a la mujer que en turno hablara. Sólo mis ojos moviéndose en mi cuerpo estático, el cual de vez en cuando se estremecía por el frío que se colaba entre la cobija.

No sé cuánto tiempo transcurrió, pero mi abuela levantó su mirada al cielo, vio la estrella más grande y, apuntándole con una pequeña vara que tenía en su mano, dijo: “Ya no dilata, ya van a ser las doce”. “¿Usted cree que ella se quede?”, preguntó mi tía Petra con cierta incertidumbre. “Sí se queda”, dijo “La Bajita”. “Ella quiere descansar y va a esperar, ¿por qué creen que no se ha apagado la luz como en todos los días anteriores? Ya es como una hora más tarde que los otros días y ella permanece allí todavía”.

“Hoy hace ocho días que la vimos”, dijo “La Bajita”, al tiempo que daba una profunda fumada a su ya tercer cigarro de hoja, mientras pensaba en no sé qué cosa. “Sí, así es, justo un día después que se fue, se vino a encontrar con nosotras”, aseveró mi abuela para luego continuar diciendo: “Hace ya una semana y justo a las seis de la tarde, cuando empezaba a oscurecer, nos

* Publicado en el número 80 (diciembre de 2014, pp. 56-58).

** Licenciado en Historia, egresado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL, y licenciado en Educación Media Superior del área de Ciencias Sociales, por la Escuela Normal Superior del Estado. Actualmente es maestro jubilado de la Preparatoria Núm. 3 de la UANL.

la encontramos en el puente de arriba, cerca de la mina grande. ¿De dónde vendría o a dónde iría y por qué se tuvo que encontrar con nosotras? ¡Ay má', pos eso sólo Dios lo sabe! Porque a lo mejor ni ella se da cuenta si anda aquí o allá, ¡quién sabe má', quién sabe...!"

"Pero demos gracias a Dios", dijo "La Bajita", "que le permitió darnos el traguito de la botellita que traía entre sus senos, porque así podemos estar tranquilas sabiendo que allí está; así, la estamos pasando sin miedo, aguantando los aullidos de los perros, el frío de la noche y hasta la luz de la lámpara de esa casa". "Sí", dijo mi tía Petra. "Y mira, desde hace rato ya no va de un cuarto al otro, yo creo que ya acabó de hacer la cena y ha de estar descansando". "¿Tú crees que ya con eso pueda descansar?" Preguntó "La Bajita" mientras movía la cabeza en señal de desaprobación: "No creo que ya con eso pueda descansar" "¡Cállate!", exclamó mi abuela con voz desafiante. "Tú no estás pa' hacer juicios que sólo a Dios le corresponden!" "Tá' bien doña Atilana, yo nomás decía!" contestó "La Bajita". La abuela ya nada dijo. Sólo se dedicó a remover las brasas del cocedor para avivar el calor.

El frío calaba cada vez más mientras la lumbre disminuía poco a poco su intensidad. De pronto, "El Canelo" —así se llamaba el perro que tenía mi abuela— agudizó su oído, paró sus orejas y comenzó a mover reiteradamente el rabo. Había permanecido toda la noche cerca del horno, disfrutando del calorcito. No se movió para nada por largas horas, ni siquiera cuando todos los perros aullaban, pero de pronto comenzó a inquietarse. Gruñía, mostraba los dientes y, de manera intempestiva, se puso de pie, ladrando y moviéndose en dirección al camino que se encuentra paralelo al otro lado del arroyo. "El Canelo" no aullaba como los demás perros, ladraba. Todavía no comprendo si ladraba de gusto o si era costumbre de ese perro emitir esos ladridos.

"Ahí viene ya", dijo "La Bajita" con voz entrecortada, mientras "El Canelo" seguía a la expectativa, avanzando y retrocediendo mientras ladraba. Las mujeres permanecían ajenas al actuar del perro, pues estaban muy atentas al camino y a la puerta de la casa. De pronto se produjo un silencio total. Ya las mujeres no intercambiaban palabras, los perros no aullaban. "El Canelo" estaba muy callado, quieto y sentado al lado de mi tía Petra, pero con sus sentidos todavía muy aguzados, seguía moviendo

el rabo, mirando igual que mis compañeras de desvelo hacia el otro lado del arroyo. Lo vimos venir caminando en dirección a su casa. Desde lejos, la luz de la lámpara de carburo de su casco anunciaba su llegada. A contraluz, la silueta del minero se recortó nítidamente cuando entraba a la casa, lo que acentuó más la curiosidad de mis panaderas; yo no entendía, pero quería comprender lo que motivaba la curiosidad de las trasnochadoras.

El fuego del cocedor ya se había consumido. La última remesa de pan aún permanecía dentro del horno, lo que no era de momento motivo de preocupación de las observadoras de los acontecimientos que pudieran presentarse al otro lado del arroyo.

No fue poco el tiempo que transcurrió desde que el hombre entrara a su casa y volviera a dar señales de vida. Inconscientemente levanté la vista al cielo y vi cómo la estrella brillante que le había dado la hora a mi abuela, ya no estaba en el mismo lugar pues se había movido una distancia considerable entre el resto de las estrellas, para colocarse en la parte más alta del cerro del Picacho. "Ya pasó como una hora", dijo "La Bajita", "y la luz sigue prendida, ¿qué estará pasando? ¡Mira! Allí sale Mariano y trae una pala y un palo o... ¡no, esa es una barra! ¿Pero qué va a hacer? ¡Ahí ma', va pal' mezquite que está junto de la cocina!"

El hombre se dio cuenta visualmente de la presencia de sus vecinas, pero comenzó a cavar como si nada, justo en la base del tronco del árbol. Una y otra vez la barra de acero rompía el duro suelo donde un tiempo atrás reposaban dos bonitos caballos que eran su orgullo, y que primero uno y luego el otro, murieron sin que su dueño pudiera explicarse el motivo de pérdida tan lamentable.

De pronto, nuevamente los perros comenzaron con sus aullidos. "El Canelo" sólo gruñía y de nuevo su rabo se volvió a agitar, mientras sus orejas se erguían tratando de escuchar el más mínimo sonido. Entretanto, al otro lado del arroyo el vecino continuaba con su actividad poco común en su patio, trabajando de tal manera que alternaba el uso de la barra y de la pala. Luego, el minero se sentó y movió la tierra con las manos y encontró algo que mis mujeres no pudieron saber de qué se trataba. Fue entonces que Mariano caminó hacia el arroyo con dirección a donde nos encontrábamos. "Doña

Atilana”, gritó no muy fuerte nuestro vecino. “¡Aquí estuvo ‘La Chata’, mi mujer! ¡Durante noches y noches estuvo viniendo pa’ prepararme la cena! ¡Yo no sabía quién me la preparaba! ¡Llegué a pensar pos’ que era cualquier buena persona de aquí! ¡Me vino a pedir perdón y a decirme que sacara estas monedas y otras cosas que puso en la ‘raíz’ del mezquite! ¡Me dijo que desde un día después de su muerte ha estado viniendo noche tras noche pa’ prepararme la cena y arreglarme la ropa, porque

quiere el perdón de Dios y el mío! ¡También me dijo que habló con ustedes y las curó pa’ que no se asustaran!”.

No dijo nada más. Dio la media vuelta, entró a su casa y apagó la luz luego que cruzó la puerta. Nunca más se supo que “La Chata” volviera por las noches a la casa de Mariano. Y aunque mi abuela siguió horneando pan por las tardes y hasta ya bien entrada la noche, “La Chata” no se volvió a aparecer.

